



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

A

La historia de la transición del feudalismo al capitalismo en el marxismo occidental

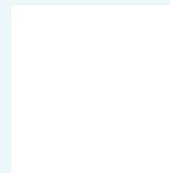
Autor:

Astarita, Carlos

Revista:

ANALES DE HISTORIA ANTIGUA, MEDIEVAL Y MODERNA

2009, 41, 101-131



Artículo



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras

FILODIGITAL
Repositorio Institucional de la Facultad
de Filosofía y Letras, UBA

LA HISTORIA DE LA TRANSICIÓN DEL FEUDALISMO AL CAPITALISMO EN EL MARXISMO OCCIDENTAL¹

Carlos Astarita

Universidad de Buenos Aires - CONICET

1. Introducción

El período que abarca entre *circa* 1250 y 1850 es privilegiado por el estudio marxista. La elección no es eventual. Recoge problemas que atañen a la formación del mundo moderno, el tema que Marx, en su ecuménico interés por la historia, distinguió. No sólo la sucesión de cuestiones económicas y políticas es observable en esa *longue durée*; es también el período en que se desenvuelven cualidades claves del proceso, como fueron los cercamientos o la proto-industria².

Contenidos, filiaciones y contexto de esta historiografía muestran que la herencia de Marx sólo delimita rasgos sustanciales. Su legado fue reconstruido de acuerdo a tradiciones nacionales y hábitos que nacen en cada especialidad, además del influjo de entornos políticos, culturales y económicos. La incidencia partidista, en su sentido más directo, debería también considerarse cuando la producción se midió por escalas de ortodoxia. En suma, problemáticas elevadas a inamovible centralidad, desplazamiento de temas, fusión con otras disposiciones y utilización desigual de categorías recibidas son atributos de esta trayectoria. Un artículo sólo permite trazar lineamientos.

Su recorrido está prefijado tanto por acontecimientos (estalinismo o Guerra Mundial) como por un desequilibrio que favorece a Inglaterra y Francia³. Son escenarios

¹ Este estudio recibió importantes aportes y comentarios de Laura da Graca, Corina Luchía y Octavio Colombo.

² CAMPAGNE, 2005, p. 168-186, en Inglaterra los vallados aparecen en el siglo XIII, durante toda la época moderna el fenómeno se desarrolla, y entre 1800 y 1810, se registra el récord de actas, aunque habían cambiado características de la acción. Sobre proto-industria, KRIEDTE, MEDICK, SCHLUMBOHM, 1986.

³ Cada país merecería un examen específico para dar cuenta de la ausencia de un marxismo propio. El clima de las universidades españolas en época de Franco, tan poco propicio para todo racionalismo, se capta en las historias personales de historiadores. Al respecto, SESMA MUÑOZ, 1998 y ESTEPA DÍEZ, 1998. Que la enseñanza de Kantorowicz haya sido, según Estepa Díez, una influencia positiva en la universidad madrileña de los años cincuenta, indicaría que el retrógrado franquismo de muchos profesores transmutaba al

historiográficos que coinciden con los escenarios “clásicos” de una doble transformación, económica (Revolución Industrial) y política (Revolución Burguesa). Con los resultados, nos es dado volver no sólo al Marx que sus discípulos desarrollaron sino también al que ignoraron. Son proyectos que nos esperan. Estas menciones establecen, casi como un desprendimiento espontáneo, los acápites que ritman la exposición.

El compromiso con el análisis no evita algún grado de descripción. Presumo que el lector no necesariamente recuerda qué escribieron los autores o grupos de autores bajo examen.

2. Prolegómenos

Hasta la crisis de los años treinta predomina en Occidente una producción no académica y no profesional. Para militantes consagrados a la propaganda, al partido y a la conquista del poder, la historia se relegaba por utilidades concretas. Desde 1930, la política y su continuidad “por otros medios” en la guerra anuló posibilidades. De ese marasmo se rescata (en lo que incumbe a la transición) el influyente estudio sobre el desarrollo del capitalismo en Rusia de Lenin (1969). La calidad de la obra y la fuerza sociopolítica que la impulsó justifican ese ascendiente.

La situación de la URSS, y luego la de Europa oriental, determinó el contacto con el marxismo de Occidente⁴.

a) Entre 1917 y 1930, el encadenamiento de revolución, guerra civil e intervención externa, condicionó una producción escasa. La represión de Cronstadt anunciaba que con el exterminio del socialismo libertario moría una precondition del espíritu científico⁵.

b) Desde la década de 1930 hasta 1956 el estalinismo revela su rostro. El marxismo se transforma en un recetario, se reprueban conceptos como el de modo de producción asiático, y con el argumento de autoridad se elogia o se condena. Era una

nacionalsocialismo en progresista fuente de pensamiento. Sobre Kantorowicz, un lacayo de los más reaccionarios gobiernos que se cruzaron en su fenicia existencia, ver, RUEHL, 2000. La elite de españoles que, con una integridad ética que hoy se añora, despliega su análisis marxista entre 1965 y 1975, encontró un campo problemático ya constituido. Dice FERNÁNDEZ CLEMENTE, 1995, “La recepción del marxismo por los historiadores españoles se ha realizado a través de los grupos francés y británico” (p. 62). En Alemania, la función de frontera que cumplió el país entre el bloque capitalista y el bloque socialista se sumó a la destrucción cultural de los nazis; esto explica que la Guerra Fría se haya trasladado al estudio de la historia. Ver, GOETZ, 2005, “...il n’y eut (et il n’y a) pas en RFA, malgré l’ouverture à une discussion théorique et à un débat constructive avec le marxisme dans les années 1960/70 et en dépit de la « révolution étudiante » de 1968. ni avant, ni après, d’historiens marxistes parmi les professeurs universitaires » (p. 135). En Argentina, además de marxismo, se importaron temas y controversias que se aplicaron indistintamente al estudio medieval europeo o a la transición en América. Un esbozo de esto en, ASTARITA, 2003.

⁴ Sobre la URSS y la historia, ver, FONTANA 1982. Para lo que sigue sobre esclavitud, los trabajos reunidos en PETIT et al. 1978 y STAERMAN Y TROFIMOVA, 1979.

⁵ Al respecto ver, SERGE, 2002, que destierra estereotipos idealizados.

autoridad manipulada. Criterios que Marx estableció como aproximaciones generales, o para referirse al capitalismo, se transformaron en sustancias eternas sin poder explicativo. Si la lucha de clases generaba el tránsito de un modo de producción a otro, Espartaco debió provocar la caída del imperio romano, con independencia del desfase que separaba a esa rebelión de los años 70 a. de C. de “la crisis final” del siglo III⁶. Esta elaboración fue despreciada en Occidente.

c) Desde 1956 a 1989, la sentencia *post obitum* de Stalin no remedió la esclerótica Sección Ciencias Sociales de la Academia de la URSS y sus satélites. En compensación, algunos historiadores concretaron aportes destacados. Esto se vio favorecido por otra circunstancia. Mientras que los países socialistas no participaron del Primer Congreso Internacional de Historia, en París, 1950, con la caída del estalinismo comenzó un deshielo, reflejado en los coloquios anuales del Instituto Francesco Datini dirigido por Federico Mellis y Fernand Braudel. Investigadores como Macek (1975) en Checoslovaquia, Kula (1974) y Geremek (1976) en Polonia, Kominski (1957) o Gurievich (1983) en la URSS, que desde los márgenes producían una disidencia antidogmática, fueron estimados en Occidente. Nuevos enfoques, como el de la teoría económica del sistema feudal, llegaron desde el este.

Mientras las visitas académicas establecían territorios comunes, se abría un capítulo hasta entonces inédito en el transcurrir occidental de la disciplina. Cuando recordamos que el rechazo universitario no fue un incidente menor para que el joven Karl Marx se convirtiera en el Marx de *El capital*, medimos el cambio que se producía con el militante que se transfiguraba en marxista académico. La situación política forzó otro reclutamiento de investigadores. Las ventajas de la nueva estrategia se descubrieron cuando el intelectual crítico proporcionó sofisticadas elaboraciones en contraposición al mero acopio de datos; los requerimientos de las ciencias sociales modernas ya no se satisfacían con el envejecido positivismo. No menos estimulante fue verificar que el censor domesticado, contenido en prestigiosas instituciones, era preferible a un desavenido francotirador. Braudel, como director burocrático, señaló en esto un camino que no todos comprendieron (ni comprenden)⁷. Entre su clarividencia (él mismo un no marxista beneficiado por el contacto con Marx), y la asombrada reserva de los tradicionalistas, se abriría una agreste convivencia que se repetiría en otros lugares⁸.

Estos prolegómenos introducen el tema.

⁶ Ni siquiera la “autoridad” atemperaba esta disposición. MARX (1973, p. 11) decía en 1869 que «en la antigua Roma, la lucha de clases sólo se ventilaba entre una minoría privilegiada, entre los libres ricos y los libres pobres, mientras que la gran masa productiva de la población, los esclavos, formaban parte de un pedestal puramente pasivo...». También se distorsionaban conceptos. Por ejemplo, la expresión de «esclavitud generalizada», con la que Marx se refirió al modo de producción asiático, fue utilizada para «demostrar» la existencia universal de un modo de producción esclavista.

⁷ DAIX (1995), ROMANO (1997) VILAR (1995).

⁸ En Argentina, también José Luis Romero, de filiación socialdemócrata y académicamente ecléctico, adoptaba el binomio inteligencia-rigurosidad como criterio para elegir a sus colaboradores. Marxistas con intereses diversos, como Reyna Pastor, Ernesto Laclau o Alberto Pla se le unieron en la década de 1960 ante la hostilidad de profesores liberales de derecha.

2. La escuela de historiadores marxistas ingleses

Maurice Dobb, con sus *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*, inicia la escuela en 1947. Economista de profesión, reestablece la problemática de la transición de acuerdo a Marx y en oposición a Smith. Su punto de partida fue la «declinación del feudalismo», cuyo síntoma, la mortalidad del siglo XIV, veía causada por la sobreexplotación del campesino. La contradicción estructural comenzaba por oponerse así al factor mercado de Pirenne (1981), para quien un capitalismo de circulación bastaba para disolver la pasiva economía de subsistencia. La defensa de Pirenne que desde el marxismo emprendió otro economista, Paul Sweezy (1982), revela la extendida aceptación del mercado como variable de transformación social.

Las nada desdeñables influencias de David Ricardo que sobrevuelan en algunas explicaciones, como la que versa sobre rendimientos agrarios decrecientes⁹, no impidieron que Dobb se alejara del objetivismo estructural. En su reemplazo, la correlación de fuerzas entre las clases determinaba la trayectoria económica de cada país. En Inglaterra, la rebelión campesina de 1381 y la Guerra de las Dos Rosas consolidaron al sujeto en el que descansarían gran parte de las explicaciones, la clase de los *yeomen*. Esos campesinos ricos, que contratando asalariados y disputaban la mano de obra a los señores, cumplirían un rol clave en la transición.

Lenin reaparecía. Mientras que para Marx (1976-1977), la subordinación del trabajo por el capital se originaba en el campesino que había perdido sus tierras por medios políticos, Lenin establece que la clave era la diferenciación social de las comunidades. Surgían allí los *kulaks* y la primera forma del proletariado, los campesinos que, al perder sus medios de vida, vendían su fuerza de trabajo para comprar subsistencias en el mercado. El capitalismo del *kulak* ruso, opuesto al «camino prusiano», era visto de nuevo en Inglaterra. El marco era similar. La inexistencia de servidumbre, suprimida en Rusia en 1861, en Inglaterra en 1381, o nunca vigente, como en Estados Unidos era el prerrequisito. Las indicaciones de Marx sobre feudalismo en desintegración en el siglo XIV inglés no están ausentes de estos análisis, y era ésa una condición para que el productor se conectara con el mercado, tesis que sustentaban los estudios de R. H. Tawney (1912).

La crítica del mercado tenía un costado que apuntaba contra la mítica epopeya de las comunas luchando por su libertad, que la burguesía había ideado para mayor gloria de 1789. Su otro costado era científico, y en esto Dobb privilegia la teoría, en la que aventajaba a los historiadores. El capital dinero era acumulado por el mercader gracias al comercio de no equivalentes, y su ganancia era una parte alícuota de la renta feudal. Este capitalista, interesado en preservar el régimen que originaba su beneficio, era, en realidad, el comerciante precapitalista de Marx. Su autoridad desautorizaba cualquier ilusión revolucionaria en ese operador económico; el protagonista de la transición estaba en quienes organizaban una producción de valores de cambio. Según Dobb, esta transformación, que se daba en Inglaterra desde la segunda mitad del siglo XVI, marcaba el comienzo de la industria rural a domicilio, predo-

⁹ Dobb colaboró con Piero Sraffa en Cambridge en la edición de las obras de Ricardo. Ver, POTIER, 1994.

minante hasta el siglo XVIII. Con la división del trabajo en las manufacturas se diferenciaban los instrumentos, y estos adquirían formas fijas para cada aplicación concreta, un aspecto que también Marx había tratado. Se creaban condiciones para la máquina.

Con abstracción de aspectos políticos y de historia comparativa, Dobb refleja un proceso en el que alternan evolucionismo y revoluciones. Estas últimas se desprenden de los cambios estructurales. Los fabricantes provincianos de paños, que necesitaban mercados, entraron en conflicto con los monopolistas de Londres, y aportaron las masas revolucionarias. Con esta interpretación, ya delineada por Christopher Hill, la descerebrada historia del acontecimiento tenía una oposición lúcida.

El comercio perdía el papel que conservaba en los tratados académicos de esos años, acorralado por contrastes empíricos y esquemas teóricos de Marx. Esa sumatoria sería, sin embargo, una fuente de inestabilidad que le permitiría al mercado retomar sus clásicos (o neoclásicos) atrevimientos. La falta de elaboración específica sobre el nexo entre comercio y sociedad precapitalista llevó a una abrupta fluctuación oportunista (es decir, de acuerdo a necesidades aleatorias de la explicación) del “factor mercado”: éste desaparecía del argumento por la prioridad del “factor interno” (la economía rural), o bien reaparecía con inopinado protagonismo (por ejemplo, en la lucha por la contratación mano de obra entre los *yeomen* y los señores). El exclusivo e invariable demiurgo del movimiento social, que se consolidaría en esa inestabilidad, fue la acción de las clases empeñadas en una lucha calidoscópica que no era un mero resultado inerte de contradicciones.

El pueblo, un colectivo que a veces eran campesinos, otras obreros, o simplemente la “multitud”, volvía del ostracismo al que lo tuvo condenado el historiador positivista para mover los mecanismos de la estructura social¹⁰. Rodney Hilton (1978) estudió 1381, Christopher Hill (1972) la revolución inglesa y Eric Hobsbawm (1979) las revoluciones burguesas. Temas más asombrosos fueron las hasta ese momento poco exploradas correrías de bandoleros y rebeldes primitivos, o los sabotajes de consumidores en tiempos de carestía reclamando por una economía moral que asegurara la subsistencia frente a la ley de la oferta y la demanda. Esas formas prepolíticas de acción popular, develadas por George Rudé (1971), por Hobsbawm y Rudé (1978) o por Edward Palmer Thompson (1995), expresaban en el pasado a movimientos no tradicionales de disidencia, que, junto al sindicalismo laborista, se desarrollaban entre 1960 y 1975.

La contribución de Thompson más reconocida fue sobre la formación de la clase obrera inglesa¹¹. En el período de 1790 a 1830, cuando los artesanos se hacían

¹⁰ Un aspecto que suele pasar desapercibido en esa confrontación entre Dobb y Sweezy, es que los dos compartían un mismo principio de base: el mercado era externo al sistema feudal. El hecho de que Dobb y otros polemistas opuestos a Sweezy resultaran más convincentes tuvo, además de efectos positivos, la indeseada consecuencia de un abandono relativo del estudio del sistema urbano mercantil. Sobre esta característica de la lucha de clases en los historiadores británicos, KAYE, 1989.

¹¹ THOMPSON (1989). Para comentarios, ver, ANDERSON, 1985; CAÍNZOS LÓPEZ, 1989; ELEY, 1994; GIDDENS, 1994; SEWELL, 1994; MEIKSINS WOOD, 1994. PALMER, 1994.

proletarios, Thompson capta cómo se formaba la conciencia de clase. Ésta fue un hecho político, cultural y económico, que le permitió a la clase hacerse a sí misma por lo menos tanto como la hicieron otros. Compone el cuadro como un pintor impresionista y una retórica arrebatada (según indicaron sus comentaristas), es decir, describiendo pequeñas circunstancias significativas desde la perspectiva popular, cuya composición sólo se aprecia con un cierto distanciamiento. Para situaciones no definidas apela a conceptos intermedios: la actitud del inglés medio no era tanto democrática como antiabsolutista, los comunales estaban sujetos a derechos de uso descosificados, supeditados a acciones recurrentes y conflictivas, dando un proceso muy largo de avances y retrocesos. Asimismo utiliza una terminología para la ocasión, como el “teatro” de la aristocracia y el «contra teatro» de los pobres, es decir, la deferencia simulada, los actos tenebrosos y las represalias.

Thompson resume cualidades de la escuela. También Hilton aplica conceptos propios cuando la sociología no alcanza, como el de conciencia de clase negativa para el campesino que acepta el régimen señorial. Con la acción, surgían mezclas que el lenguaje moderno representa de manera muy grosera. Las actividades del pueblo que nos ofrecen estos historiadores se arremolinan, y entre pasquines, protestas, discursos, injurias, huelgas, destrucciones, condenas y alaridos, el lector vislumbra que una idea enhebra todo: la conciencia de clase. Es la conciencia de oposición de intereses que los explotados, experimentando las condiciones del capitalismo, adquieren contra los explotadores.

En este punto, la escuela se aleja del concepto ortodoxo tradicional que un heterodoxo marxista hegeliano, Georg Lukacs (1969), expuso en 1923. En esta tradición, la conciencia de clase es conciencia cognitiva, en tanto es captar el lugar que ocupa la clase en la estructura. En la medida en que el salario se presenta como retribución del trabajo y la ganancia como generada por los medios de producción, reconocer el trabajo no pagado tras de relaciones contractuales presupone que el intelectual orgánico de la clase se constituya en el educador (educado) que forma conciencia de clase, deviniendo ésta en conciencia atribuida (concepto que en sentido estricto debería entenderse con independencia de una forma definida de partido)¹².

En otro lugar desarrollé comparativamente estos argumentos (Astarita 2000). Sólo importa destacar aquí que si conciencia de clase es conciencia de oposición entre las clases, no es entonces forzosamente conciencia de explotación (que presupone reconocer la plusvalía). Por ello, los miembros de la escuela hablan de “sobreexplotación” (concepto ya utilizado por Dobb), una anomalía que, paradójicamente, permitiría percibir la naturaleza normal del vínculo. El razonamiento conduce a un reformismo laborista tras el cual se unen los laboristas del mundo: en una oposición de intereses se incluyen acciones de respetuosa condescendencia con el sistema, como la disputa

¹² Los historiadores ingleses creen que el concepto de falsa conciencia es denigratorio para la clase obrera. Como toda creencia es discutible; falsa conciencia puede significar exactamente lo opuesto: que los trabajadores como clase, es decir, como colectivo, estén en condiciones de apropiarse de la teoría, plantearía un hecho inédito en la historia de la humanidad. La filosofía, privilegio tradicional de pocas mentes entrenadas, pasaría a ser el democrático patrimonio de una clase que, apropiándose del atributo del intelectual, el racionalismo crítico contemporáneo, se transformaría en clase intelectual.

salarial o cualquier otro regateo de mercado. Esta historia socialista, que sublimaba las voces del pueblo recuperadas del pasado, se encontraba en la profundidad con otras corrientes que indagaban sobre la esfera subjetiva. Esta coincidencia, que incluso se dio entre historiografías políticamente muy distanciadas, se fundamenta en el extendido desconocimiento del nexo que establece el sujeto con una objetividad que ha creado y no controla. Es el problema de la alienación sobre el cual volveremos. En otro nivel, esa objetividad implica el condicionante de la acción, desmerecido por el elevado protagonismo que Thompson otorgó a la motivación cultural.

Este último punto es el que sus críticos advirtieron (y denunciaron como "culturalismo"). La lucha contra el alza de precios, por ejemplo, sólo comenzó cuando una parte de la población pasó a proveer su subsistencia en el mercado. Después de leer a Thompson, queda la sensación de que no sabemos lo suficiente sobre las necesarias repercusiones desiguales en la subjetividad de esa evolución económica: ante el alza del precio del pan, el consumidor descontento debía contraponerse al campesinado beneficiado como vendedor. Esto no significa que Thompson no se valga de referencias a la Revolución Industrial o al feudalismo, pero se nota la falta de algo más que alusiones. Esta precisión instituye matices. Hilton¹³, que tanta importancia atribuyó a la lucha de clases, ha investigado en detalle la evolución del tamaño de las tenencias en Leicester, entre los siglos XIV y XV, o los grados de fortuna de los líderes de 1381.

Los marxistas ingleses tuvieron una fisonomía distintiva, con su lenguaje desprejuiciado, su historia de los trabajadores vista desde los trabajadores, su desvelo científico vinculado a la política. La calidad de la información, una retórica ponderada y argumentaciones persuasivas, les otorgaron una autoridad cosmopolita tanto más llamativa por cuanto sus temas fueron preferentemente británicos. Eran los atributos de una autonomía de escuela. Es posible que ello se deba, en parte, a la atrasada historiografía inglesa positivista de 1940 a 1970 (Casanova 1991, p. 81 y s). Un medio aburridamente descriptivo, excepto casos notables como Michael Postan (1981), suscitaba una rebeldía del saber¹⁴. La oposición al dogmatismo, que incluyó una despreocupada independencia ante *la explicación* soviética, moldeó también esa fisonomía¹⁵. Nada de esto significa, sin embargo, desconocer el enlace que establecieron con la "peculiaridad de lo inglés". El laborismo, por un lado, y una aversión a la filosofía mezclada con ciencia empírica, por el otro, fueron la trama no declarada que, conectando la producción historiográfica con su contexto, limitaba esa autonomía.

¹³ HILTON, 1947, 1978, 1988.

¹⁴ Sobre la importancia de Postan para un estudiante de Cambridge, el testimonio de HOBBSAWM, 2003 a, p. 110 y 262.

¹⁵ PANIAGUA Y PIQUERAS, 1996, p. 31, según Hobsbawm, historiadores del PC británico hacia 1950 disientan sobre la interpretación oficial soviética de la revolución inglesa. También KAYE, 1989, p. 126. Esto se reiteró en otros campos del conocimiento, y no debe descartarse que las influencias mutuas alimentaban visiones no dogmáticas. Por ejemplo Gordon Childe elaboró en Inglaterra sus investigaciones arqueológicas con una independencia relativa de la línea de Morgan y Engels, canonizada por el estalinismo, privilegiando períodos de cambios revolucionarios y analizando el desarrollo en términos evolucionistas y difusionistas. Ver al respecto, FAULKNER, 2007.

Esa "peculiaridad" fue denunciada desde una exterioridad (sociología mediante) interna (marxista) a la escuela. En 1962, una joven dirección de la *New Left Review*, publicación de referencia, se propone superar el empirismo con la teoría del continente, y en París encontrará su nuevo Abelardo: el restablecido cultor de la lógica formal, era un (in)cómodo lector de *El capital* de la Escuela Normal Superior. La escolástica estructuralista cuestionaba con su misma existencia ese insular soliloquio que Perry Anderson intimidó en tono quejumbroso: ¿por qué no hubo en Inglaterra una sociología clásica ni un marxismo nacional?¹⁶. Halló la respuesta en la continuidad de los valores aristocráticos, debido a que no hubo una revolución burguesa pura. La aristocracia no era feudal hacia 1640 sino capitalista, y fue la que asumió la hegemonía; sólo en 1832 la burguesía industrial se incorporaría al bloque de poder en condición subordinada. Esto se expresaría en el tradicionalismo de la aristocracia y en el empirismo de la burguesía, como un renglón de su inacabada experiencia. La clase obrera inglesa, por su parte, fue una clase prematura que, cuando conoce el marxismo, después de 1850, está en su punto más bajo de actividad. Su instrumental teórico lo adquirió de la burguesía, y el partido laborista se impregnó de una mentalidad corporativa, utilitaria y empirista. Este último argumento nos devuelve a esa matriz socialdemócrata que se desprende del concepto sociológico de conciencia de clase de Thompson (pero también del que manejó Hilton o Hobsbawm). Y si Anderson se hubiera detenido en un ilustre antecesor, habría agregado que en el conocimiento del pasado también se compartían raíces nacionales. La economía moral de la multitud, que guió a Thompson en sus exámenes de motines, ya fue entrevista por Tawney (1959), cuando describió, en 1926, la histórica exigencia ética de que se garantizara, contra las intromisiones de un poder monetario sin escrúpulo, el pan cotidiano que promete el Evangelio.

La notable alquimia entre los problemas de la transición y el presente, que Anderson realizó, evidencia que la búsqueda de una filosofía era la búsqueda de una identidad. Su sociología histórica parecía aportar respuestas, y la fuerte implementación de esta disciplina en Gran Bretaña tendrá una réplica en otro reducto del experimentalismo, los Estados Unidos¹⁷.

A Thompson (1994) no le costó mostrar que Anderson omitía datos esenciales: subestimaba las transformaciones del siglo XIV en adelante, en especial el surgimiento de los *yeomen*, desconocía que la ideología inglesa de fines del siglo XVIII no fue el empirismo sino la economía política de Adam Smith, y anuló tanto la tradición disidente popular como el triunfo protestante que impulsó al racionalismo. Con todo, la percepción sincrónica no era afectada ante un país tan arcaico en sus instituciones políticas, y con una pragmática cultura que incluía la aquiescencia estudiantil para el sistema cuando los universitarios del mundo comenzaban a agitarse. Las falencias de un sociólogo devenido historiador, que tomó como punto de partida el

¹⁶ ANDERSON 1964; 1966, 1977, 1985, p. 145 y s.

¹⁷ En Estados Unidos había aparecido en 1956 un libro excepcional sobre la esclavitud de las plantaciones sureñas, con una descripción hilvanada por cuadros significativos, que parecen anticipar lo que después haría Thompson. Se trata del trabajo de KENNETH M. STAMPP 1966.

modelo, un apriorismo kantiano, y no las fuentes, evidencian las bases epistemológicas que separan la sociología histórica de la historia¹⁸. Sin desconocer que se trata de un asunto controvertido, no veremos aquí esta disciplina más allá de la mención de algunos de sus representantes que han participado en la problemática, y que incluyen autores de Estados Unidos conectados con la producción intelectual inglesa. Sus nombres son conocidos.

Anderson construye un modelo para el Estado Absolutista, Inmanuel Wallerstein para la economía-mundo y Robert Brenner para el origen del capitalismo agrario¹⁹. Sin embargo, las prácticas oscilan. Brenner, el sociólogo del desarrollo rural, examinó como un historiador de oficio el conflicto entre dos sectores de la burguesía en la revolución inglesa (Brenner 1993).

Los historiadores han dado una recepción desigual a la sociología histórica. Admiten el punto de vista de Anderson sobre el carácter feudal del Estado Absolutista, pero rechazan, en general, su modelo de formación, concebido como una respuesta de los señores feudales ante la crisis del siglo XIV. No sorprende esa respuesta; el profesional del documento sabe que esa primera versión del Estado se había originado antes de 1350 y con independencia de la voluntad de la clase feudal. Un modelo que omite el desarrollo cronológico de los hechos no entusiasma a quien tuvo en el tiempo lineal su primera educación.

Los trabajos de Brenner, al igual que los de Wallerstein, han merecido superior atención, en especial, en la literatura de lengua inglesa (en Francia se lo ignora). Basado en un método comparativo, Brenner sostiene que la génesis del capitalismo agrario surge de un balance de fuerzas de clase: los señores ingleses lograron asegurar la propiedad y desposeer a los campesinos de sus medios de subsistencia. Esos campesinos sólo pudieron sobrevivir comprando y vendiendo de manera competitiva, reduciendo costes y especializándose. Fueron obligados a acumular e innovar, lo que obtuvieron como arrendatarios y contratando asalariados. En Francia, por el contrario, el campesino se afirmó como propietario y no fue constreñido al cambio (es una oposición que ya Marx había indicado). Nada había en el feudalismo, con una lógica de repetición, que llevara a otro sistema. Sólo un factor contingente quebró esa lógica cerrada, y ello sucedió en Inglaterra por un balance de clases que no se dio en otras áreas. Los señores y campesinos ingleses trataron de reproducirse como lo que eran, como no capitalistas, y pusieron en marcha de manera no intencionada una lógica capitalista de crecimiento auto sostenido.

En sus artículos inaugurales, el lenguaje de Brenner, que parecía provenir de un *Expreso del Oriente*, no estaba exento de giros que coqueteaban con el arbitrio racional del agente, y el individualismo metodológico terminó por prevalecer con su adhesión al marxismo analítico (Brenner, 1989). En ese último relato, el no desarrollo

¹⁸ C. Astarita, 2007 Esta diferencia explica que no se puede apreciar el desarrollo historiográfico por una simple adopción de paradigmas. Este argumento lo justifiqué en, ASTARITA 1997.

¹⁹ ANDERSON, 1979; WALLERSTEIN, 1979 a, 1979 b; BRENNER, 1977, 1986 a, 1986 b.

del feudalismo se debería a que el agente no producía para el mercado, y por lo tanto, no tenía necesidad de maximizar la relación precio/costo mediante la especialización. Para que el actor seleccionara la ruta capitalista debía entender cuál era la conexión entre relaciones modernas de propiedad y productividad.

Brenner, que se presentaba inicialmente como muy cercano a la escuela de marxistas ingleses, tanto por establecer su eje analítico en la correlación de fuerzas de clase como por fundamentar su teoría en una pragmática comparación binaria (Francia-Inglaterra), termina por alejarse de esa escuela. No sólo se opuso desde un principio a Hilton, Dobb y otros, para quienes los campesinos lograron a largo plazo sus reivindicaciones de 1381, divergencia que esconde, por otra parte, la diferenciación metódica entre construcción de modelo y estudio de lo real. Se alejaba también de una cualidad de la escuela que consiste en detectar visiones de las clases que se van modificando en una dialéctica con la realidad y en base a tradiciones culturales e intuiciones, comportamientos opuestos al del neoclásico hombre de empresa que actúa por expectativas de beneficios.

3. La escuela marxista francesa

A la autonomía de los marxistas británicos se contrapuso, en Francia, una situación diferente. La reflejó Guy Bois (1978) cuando anunciaba que la unión entre marxismo y *nouvelle histoire* era el gran acontecimiento historiográfico de fines del siglo XX. El diagnóstico remite a las condiciones en que surgieron los historiadores marxistas en Francia, hacia 1950, y a esa nueva historia que fascina a Bois.

Desde Marc Bloch y Lucien Febvre, una renovación en los métodos y aproximaciones a otras ciencias sociales, habían otorgado a Francia un panorama muy distinto al de la retrasada Inglaterra. La cronología es elocuente. En los años que seguirían a 1927, el belga Henri Pirenne (1981) produjo un esquema de mercado sobre formación y crisis del feudalismo que, por el simple hecho de ordenar lógicamente la caótica historia de acontecimientos, influiría más allá de sus fronteras. En 1924 Bloch inaugura la antropología histórica, en 1931 publica sus caracteres originarios de la historia rural francesa, y en 1936 sobre la sociedad feudal²⁰. En 1949 aparece la tesis de Braudel (1953) sobre el mundo mediterráneo en tiempos de Felipe II con su combinación de movimiento muy lento de la estructura y dinámica de coyunturas. Febvre (1970) sistematiza y exalta los logros de esa renovación en la que él mismo participó. Estos hitos, que ningún estudiante ignora, reconstruyen el imaginario del joven historiador que se iniciaba poco antes de la segunda guerra o tras su finalización. Una producción lúcida, realizada por historiadores con reconocimiento (ninguno de los directores de *Annales* fue marginal), le señalaba hacia dónde dirigirse²¹. Antes que

²⁰ BLOCH, 1983, 1978, .1979 a, 1979 b.

²¹ ANDERSON, 1991, indica varios casos de fusiones en el campo teórico del marxismo. Dice: «Esta constante confluencia con sistemas de pensamientos contemporáneos ajenos al materialismo histórico, y a menudo deliberadamente adversos a él, fue algo desconocido en la teoría marxista antes de la primera guerra mundial. Fue una novedad específica y definitiva del marxismo occidental» (p. 75). Para la revisión del mito sobre *Annales*, ver DOSSE, 1988.

enfrentar desde alguna trinchera crítica esa conquista del espíritu (y de la materia), parecía preferible (o conveniente) coincidir; en especial si el prejuicio político no se interponía.

La jerarquía se ordenaba: la escuela de los *Annales* iba a imponer las normas, a calificar o descalificar, a señalar el rumbo y la modalidad de trabajo. Esa supremacía era la aspiración a un predominio ecuménico, aunque la escuela se alimentaba por sí misma, y terminó ofreciendo un contenido notoriamente endógeno. Entre 1945 y 1975 sus temas están interconectados: demografía, migraciones, colonizaciones, polos de industrias, transformaciones agrarias, coyunturas, despegue económico, ritmos de crecimiento, condicionamientos geográficos. Eran las cuestiones del desarrollismo keynesiano, de un Tercer Mundo en descolonización y de los planes quinquenales del socialismo. Los historiadores delimitaban una región, y captaban el movimiento de la sociedad siguiendo precios o rentas. Los marxistas veían en esas series la oportunidad para deslizarse hacia las relaciones sociales, las clases y las ideas, hacia una historia «total». Omitían la actividad política, confundiéndola con el relato de hechos, y en esto también se esmeraron por lograr una identificación con *Annales*. Otro aspecto estuvo en una erudición que seguimos admirando, y que permitió a un selecto grupo de marxistas obtener la ciudadanía universitaria. Nada de esto significa que el marxismo no haya reactuado en historiadores con otra formación o de la más pura raigambre de *Annales*, como Jacques Le Goff y Georges Duby entre los años sesenta y setenta²².

Albert Soboul, que investigó sobre la estructura agrícola y social de la zona de Montepellier al final de Antiguo Régimen, ilustra la primera versión del marxismo francés en la historia (Soboul, 1958, 1976). Analiza la distribución de la propiedad, con el clima meridional explica la debilidad de la “revolución agrícola”, y una viticultura capitalista le indica innovaciones en el feudalismo tardío. Esta unión de estructura y evolución coyuntural fue ya anticipada por George Lefebvre cuando publicó en 1924 su libro sobre la revolución francesa y los campesinos (Lefebvre, 1924, 1974). Se sumergía en las raíces del movimiento popular para captar la historia desde abajo, una perspectiva que influyó en los *sans culottes* de Soboul, procedimiento reafirmado por otra anticipación: la de Ernest Labrousse. Su libro indagaba sobre el ritmo económico de una crisis coyuntural que tanto impulsó como agotó las energías revolucionarias (Labrousse 1943; Mousnier y Labrousse 1958). El trabajo de una generación de “republicanos demócratas apasionados del jacobinismo”, empujados a una “posición en el límite izquierdo del espectro político”, oscilante entre el partido comunista y el socialismo, marcaba un camino para los marxistas de la post guerra²³. La influencia cruzó el Canal de la Mancha: ese determinismo ponía de relieve al consumidor, y éste será el protagonista que estudios ingleses rescatarían de los levantamientos de hambre para sus poco deterministas relatos de la inventiva social. Pero no sólo las masas populares (no las elites) aparecían realizando aconte-

²² Esta influencia fue oscilante, aunque algunos libros la representan bien, como LE GOFF, 1969, y DUBY 1977.

²³ Las frases entre comillas pertenecen a HOBBSAWM, 2003 b, p. 114; también, p. 119 y s. sobre Lefebvre y Labrousse.

cimientos; también el tiempo histórico se develaba como algo más complejo que el tiempo del positivismo (incluido el de la socialista Segunda Internacional), cuando la coyuntura económica, que se articulaba con la coyuntura política, permitía abordar ese acontecimiento desde una perspectiva hasta entonces inédita. El historiador de profesión descifraría ese lenguaje, que la educación en lecturas de Marx tornaba familiar, anticipándose al estructuralismo doctrinal.

El estudio más representativo de esta línea de trabajo ha sido, posiblemente, el de Pierre Vilar sobre la Cataluña en la Época Moderna (Vilar 1962). Es una obra exhaustiva que se inscribe en la serie de doctorados que dieron brillo a la historiografía francesa. Comienza con la geografía física de la región, se remonta a la prehistoria, y de allí traza un esbozo de la época medieval. Con la crisis del siglo XIV, el estudio adquiere otra profundidad, y vincula sus diferentes aspectos: caída demográfica, cambios políticos, moneda, guerras campesinas, comercio, coyunturas y estructuras agrarias. Pero la Edad Media, con unos 160 títulos bibliográficos, es sólo un prolegómeno para el núcleo, la Cataluña del siglo XVIII. El estudio de esta última centuria se inicia en el segundo volumen, con la demografía, elemento central de las fuerzas productivas en una sociedad donde la mayor «inversión» es la «inversión trabajo». En algunos momentos, el libro adquiere la forma de una fuente primaria trabajada, como el anexo al capítulo 1 de este tomo, en el que compara la demografía comuna por comuna entre 1718 y 1787. Otros aspectos de las fuerzas productivas son la producción agrícola, su relación con el comercio, los sistemas de irrigación y la especialización. Siguen los movimientos de precios y las rentas, para mostrar que la ganancia tenía, todavía, un origen señorial. El último volumen está dedicado a la formación del capital comercial acumulado en la conexión entre esferas de productores y de consumidores, adhiriendo a las concepciones de Marx y Dobb. Estudia la coyuntura comercial, el movimiento de navíos en el puerto de Barcelona, la organización de empresas, sus operaciones, sus beneficios. Termina con mapas de geografía física, de las entidades políticas desde el siglo IX, de la expansión, de explotaciones hidráulicas, de la población desde el paleolítico inferior y gráficos de precios, rentas, población y comercio.

La obra no sólo iguala a la de Braudel en sabiduría sino también en esquema de aproximación al cuadro regional, aunque también la separan diferencias. Mientras Braudel (1953) se inclinará por una descripción casi inmóvil de la geografía humana, y establecerá en el comercio entre centros y periferias un principio de no variación estructural (Braudel 1984), Vilar participa de la inquietud de Soboul por saber cómo se pasa de un modo de producción a otro. Retoma nociones que por entonces podían leerse en *Annales*, para observar la transición francesa del siglo XVIII a través de la intersección de ciclos que exteriorizan el movimiento profundo de las estructuras. Sólo en ese marco se permite captar el sentido del acontecimiento, que por otro lado, se limita a situar sin tratarlo.

El ciclo feudal es el que da ritmo a la realidad, y se caracteriza, según Vilar, por una base agraria, por un no dominio de la técnica, por una regulación automática de las exacciones sobre la producción, y las limosnas o la fijación de precios deberían mitigar la miseria en los malos años. Este tiempo precapitalista coexiste con otros ritmos, con otro ciclo, que sin ser todavía capitalista, participa de él y lo prepara. Es

este segundo ciclo un largo período de acumulación de capital monetario que crea una burguesía acaudalada y aburguesa a una parte de la nobleza. La posibilidad de que a mediano plazo se produzcan depresiones comerciales, que afectan a un número creciente de productores de mercancías, es una consecuencia inevitable de esta incidencia del mercado. El hecho político, por su parte, está subordinado a este movimiento de la estructura, reinterpretado, en términos marxistas, como el movimiento de distintos modos de producción. «La conjunción de esas temporalidades específicas», afirma, «conduce a la revolución» (Vilar, 1983 a, p. 31). La descripción condensa los tiempos de historiadores franceses: el tiempo largo de Labrousse, el desarrollo económico del siglo XVIII; su tiempo medio, el interciclo depresivo de 1774-1778, y el corto, la carestía del 89; o la tríada de tiempos que con alcance atemporal propuso Braudel (1958).

Presupone, también, un concepto específico de modo de producción, con un funcionamiento y desarrollo que implica el principio económico de contradicción estructural (o entre distintos modos de producción), contradicción que lleva en su seno la necesidad de su propia destrucción, de su desestructuración. Estableciendo así un punto de contacto con un escenario de los años 1960 y 1970 que le era cercano, Vilar, como otros historiadores, se orientaba hacia un estructuralismo dinámico. De todos modos, y en contra de conclusiones apresuradas, esa predisposición no fue un mero préstamo estructuralista, y el funcionalismo se emparentaba con la sociología clásica (no es indiferente en esto la autoridad que Durkheim ejerció sobre Marc Bloch); los historiadores llegan a esos resultados por sus propios medios, y el empirismo al que estaban atados quebraba permanentemente un paradigma sin sujetos.

La reproducción con desequilibrios transitorios capitalizó el interés. Se manifestó en el estudio de Vilar (1972) sobre el oro y la moneda en la historia. El oro se buscaba en tiempos de crisis, cuando se valorizaba con la baja general de precios: segunda mitad del siglo XV, fines del XVII y segunda mitad del XIX. Una vez extraído, se ponía en circulación contribuyendo a reactivar la economía, descendía el valor del equivalente general (Vilar se opone a la tesis monetarista), sobreviene la suba de precios, hasta una nueva inversión de tendencia.

Una acabada expresión de movimiento cíclico junto a transformación es la tesis de Bois sobre la Normandía Oriental entre los siglos XIV y XVI. El feudalismo, con fases largas de expansión y contracción, está sujeto a una ley subyacente regida por variables como tasa y volumen de las rentas, demografía, ocupación del suelo, producto y productividad, precios agrarios y no agrarios. Las trayectorias no aleatorias de estas variables no sólo rigen la dinámica, también expresan el movimiento de la estructura con un mecanismo de regulación. Cuando la población crecía de manera excesiva, lo que estaba acompañado por un descenso de productividad por avance sobre tierras marginales, una mortalidad catastrófica reajustaba el funcionamiento. Se entraba así en la crisis del siglo XIV, que corregía el exceso de población.

En su pureza estructuralista, nada permite deducir de esta descripción el principio del cambio: parece imposible atribuir al sistema que produce sus condiciones de existencia la producción de sus condiciones de no existencia. No obstante esta inferencia, casi obligatoria a partir de la retroalimentación sistémica, la transición no está ausente en Bois. Con el crecimiento de población se pulverizaba la propiedad

campesina, la economía de auto subsistencia peligraba, y el productor debía contratarse como asalariado. De la reproducción del feudalismo surgía un nuevo sistema que establecía una premisa para la acumulación originaria de capital. Esta simbiosis de dinámica cíclica y transición, implica una sola lógica de reproducción y transformación social, modificando así la herencia de Marx (continuada por Dobb), que concebía un período de no reproducción del feudalismo como condición para la génesis de nuevas relaciones sociales. El cambio es trascendente, aunque el esquema, tal como Bois lo formula, presenta un aspecto forzado: con la caída demográfica del siglo XIV debió disminuir la micro propiedad campesina, prosperar la auto subsistencia y contraerse el trabajo asalariado. Las evidencias muestran, por el contrario, que desde el siglo XIV en adelante se inauguraba la “primera transición”, o sea, un sistema destinado a producir valores de cambio.

En el juego de conceptos, Bois combina el marxismo con Ricardo y Malthus, autores estos últimos que había ya entreverado Postan (1981) con la historia agraria medieval. El crecimiento demográfico lo concibe, inspirado por Chayanov, como un resultado de la autonomía del campesino que, en tanto era dueño de las condiciones de la producción, deterioraba la tasa de renta que debía al señor posibilitando una mejor reproducción de su economía. La acumulación feudal no se correspondía, entonces, con un aumento de la explotación. En otro plano, la antinomia principal no la sitúa entre fuerzas productivas y relaciones de producción, o entre señores y campesinos, sino entre demografía y espacio.

En todos estos estudios subyace el concepto de modo de producción feudal. Los historiadores franceses han logrado en esto una sistematización, que hoy suele subestimarse, pero que ha sido crucial para abordar los problemas de transformaciones hacia el capitalismo. Se comprenden sus alcances si se advierte que precisar las relaciones sociales de propiedad y posesión, de las que derivan las relaciones de dominio sobre la persona, supera los marcos de crítica del formalismo institucional; este último sólo fue la cara visible de una cuestión que remonta a condiciones generales de reproducción instituidas, en estado teórico, por Hegel.

Para Hegel, el Estado, en tanto instancia que concreta el universal absorbiendo los conflictos que emergen del interés privado, determinaba el funcionamiento social²⁴. Sólo con esa escisión entre sociedad política y sociedad civil sería posible una reproducción regular (y esto nos recuerda que en Hegel ya estaba contenido lo medular de la moderna controversia en las ciencias sociales). Cuando ese Estado no existió, como en el feudalismo, surgieron las relaciones privadas entre señores y vasallos, es decir, los pactos de vasallaje feudal, y es por esto que Hegel significa un replanteo de toda la literatura que impugnaba la historicidad del contractualismo. En otras palabras, la pluralidad de homenajes, por los cuales los titulares de beneficios se declaraban al servicio honorable de un superior, era un requisito del feudalismo. De aquí deriva la jerarquía que al problema le otorgaron los historiadores constitucionalistas alemanes, que además, encontraban allí, y con razón, al sujeto titular de derechos políticos transmutados luego en propiedad del tercer estado. Esos historiadores

²⁴ Lo que sigue se fundamenta en, HEGEL, 1999, y los estudios de BARTRA, 1978; BOBBIO, 1985, 1989; COHEN Y ARATO, 2000, HELLER 1947, MARCUSE, 1983.

institucionales, ahora registrados como perdidos divagantes por las nubes de la especulación, tenían razones sólidas, que explican, por otra parte, que Bloch, inmerso en el funcionalismo, haya aceptado el presupuesto de toda la construcción, aunque despojada de su formalismo jurídico. Este registro acompaña a medievalistas no institucionales cuando aprecian, por ejemplo, la “anarquía” del año mil como un intermedio excepcional de no reproducción, superado con pactos de vasallaje que absorbían la violencia.

Esto nos muestra un doble aspecto vinculado. En primer término, que el nivel político pasaba de ser determinante a estar determinado: en el concepto de modo feudal de producción son las relaciones de propiedad y posesión las que otorgan su rango y asignan su función al dominio político sobre la persona, instituyendo también el campo problemático, extremadamente extenso y complejo, de la clase estamental. En segundo término, la reaparición del determinismo institucional en contextos explicativos de historia social evidencia que las consecuencias de ese concepto se han escamoteado. La inversión, que destrona a la organización institucional de su idealizado papel de absorción de contradicciones, libera, al mismo tiempo, nuestra comprensión de historiadores de cualquier atadura que impida apreciar la “normalidad” recursiva del conflicto. Brenner ha formulado este concepto en referencia a la competencia entre señores por obtener excedentes, aunque de una manera abstracta. Su solitaria mención indica su originalidad; la reproducción sigue siendo contemplada con el cristal funcionalista, aunque ello no sería criticable si se restringiera a un momento particular de la dinámica de totalidad (toda teoría sobre el funcionamiento social presupone una porción funcionalista); expresado de otra manera, lo censurable es instituir ese régimen conceptual en verdad categórica.

En ese clima se nutrieron los antropólogos que develaban la articulación entre modos de producción capitalistas y no capitalistas vinculados por flujos comerciales²⁵. El presupuesto de *El Manifiesto Comunista*, sobre que el capitalismo forjaría un mundo a su imagen y semejanza, era revisado en su concreción histórica. Durante mucho tiempo, dijeron los antropólogos franceses, las potencias coloniales no alteraron las sociedades en las que abrían factorías. La creación de mercados se daba allí mediante la preservación de los modos de producción existentes, transformándolos en enclaves de reproducción del sistema central. Este análisis se situaba así en un punto muy distinto al que habían llegado Wallerstein, André Gunder Frank o Samir Amin²⁶. Estos, imbuidos de un concepto de circulación, que en parte remitía a Pirenne y en parte a las indicaciones de Marx sobre el saqueo americano, sólo

²⁵ REY, 1971; DUPRÉ y REY, 1980; MEILLASSOUX, 1982. Ver también, BRADBY, 1980; FOSTER-CARTER, 1978; WOLPE 1980.

²⁶ AMIN, 1975, 1986; GUNDER FRANK, 1978; 1979. Estos autores volvían a Rosa LUXEMBURGO, 1968, sobre la necesidad de la expansión colonial para el desarrollo del capitalismo, sin las preocupaciones teóricas de Luxemburgo, concentrada en los problemas del mercado y realización de la plusvalía. Esos análisis influyeron sobre muchos historiadores, aunque más en el tema que en la inquietud por develar el mecanismo de la transferencia de valor. Un panorama se aprecia en la reunión del Istituto De Storia Economica Francesco Datini, 10, Firenze, 1983. Generó controversias sobre la caracterización de las periferias como feudales o capitalistas y sobre los verdaderos alcances del comercio exter-

vieron una transferencia de riquezas de las periferias al centro, aunque nunca esclarecieron su procedimiento. A esa funcionalidad de un solo sentido, el estudio antropológico oponía un efecto dual y contradictorio que reproducía al mismo tiempo acumulación capitalista (en el centro) y formas precapitalistas (en las periferias). El cambio de perspectivas para aprehender el período moderno de la historia repercutía en el análisis sincrónico: el capitalismo europeo reeditaba, hacia 1960, la acumulación originaria de la época moderna mediante masivas importaciones de mano de obra rural que llegaba desde el Tercer Mundo sin costos de reproducción y con la consecuencia de generar, por ese mismo hecho, beneficios excepcionales. El encuadre del análisis suscitaba que en su virtud, una descripción que permitía reconocer permanencias estructurales, se encerraba su insuficiencia: no dar cuenta de los aspectos contradictorios que transformaban relaciones arcaicas de subsistencia mediante la mercantilización del espacio económico. Tampoco se detectaron entonces rastros de la figura de la transformación, oculta tras el agente económico aprisionado en una integridad planetaria.

De manera inesperada, ese sujeto que no encontraron historiadores y antropólogos en sus investigaciones de campo se veía desfilando por Francia en mayo de 1968²⁷. Desde entonces, el movimiento científico que se preocupaba por el (muy lento) movimiento estructural seguiría inercialmente durante unos pocos años más, pero su suerte estaba echada. Las barricadas y una huelga general paralizaban la estructura en la sociedad y en la teoría. Pero había otras fuentes de cambio, entendiendo por cambio una alteración en el énfasis de trabajos y temas. La historia económica y social estructural no desapareció; sólo redujo su peso relativo en Francia, en el momento en que en otros países conocería una temporada de esplendor²⁸.

La edición de la tesis de Bois, en 1976, marca una culminación y un final que coincidía con un punto de inflexión. De allí en más, someter al sindicalismo y borrar las huellas del mayo insurgente eran requisitos para que el mercado actuara sin incómodos estorbos. Algunos profesionales de la historia, bien entrenados para percibir la variabilidad atmosférica, anticiparon la readaptación.

En 1958 Braudel afirmaba que el tiempo largo también se veía en la cultura. Anunciaba el lento discurrir de las mentalidades que Pierre Francastel (1984) traduciría en seis siglos de inmutable representación del espacio en la pintura²⁹. Esa inclinación sería retomada por los historiadores marxistas. Un instrumento peculiar de

no en la formación del capitalismo. Los historiadores captados por la temática eran de variadas procedencias teóricas. En lo que respecta a las dos escuelas que son el centro de este artículo, su influencia fue modestísima. En este tema, ni Francia ni Inglaterra pueden reclamar la prioridad; la cuestión vino desde las periferias, ya sea por historiadores como MALOWIST (1959, 1966), economistas como Amin o Prebisch (sobre este último, LOVE, 1980) o científicos sociales dedicados al estudio del Tercer Mundo, como Gunder Frank o Wallerstein. La intervención de los antropólogos franceses se daba en este terreno de estudios.

²⁷ Ver al respecto REY 1976. El conflicto social imponía otros análisis históricos.

²⁸ En Francia continuó la historia económica de largo plazo en obras tan notables como las de Pierre TOUBERT. En España el estudio económico y social de la Edad Media conoció un auge en la década posterior a 1975.

²⁹ De todos modos, esta inclinación tenía antecedentes muy sólidos en la propia disciplina francesa dados por Marc Bloch.

Annales, la estadística, fue utilizada por uno de ellos, Michel Vovelle (1973), para exhumar las ideas religiosas en la Provençe entre 1700 y 1789. En el mismo tiempo y espacio, estudiará las fiestas, abriéndole el paso a la antropología (Vovelle, 1973).

Reencontramos correspondencias. El último trabajo de Vovelle mencionado se publica dos años después que *Annales* consagrara un número a la antropología de Polanyi. En 1976, Le Goff cambiaba el nombre de su seminario³⁰. Se llamaba hasta entonces «Historia y sociología del occidente medieval», y pasaba a denominarse «Antropología histórica del occidente medieval». André Burguière (1978) proclama a la antropología como el nuevo territorio del historiador. Un joven, que se declaraba marxista con calculada afectación, recogió el cambio en un pequeño libro. Lo hizo de manera un tanto turbulenta, como corresponde a quien busca instalarse y todavía no definió bien sus obediencias. Se trata de Alain Guerreau (1980).

La antigua generación reaccionó con disímil elocuencia y calidad argumental. El desplazamiento irritó³¹. Otro motivo de disgusto fueron interpretaciones ambiciosas sustentadas en erudición muy exigua. Se vio en Michel Foucault representada esta debilidad, que anunciaba que las grandes investigaciones serían en adelante recuerdos del pasado (Vilar, 1983 c). Pareciera que el prototipo del nuevo historiador, como un *Parménides* revivido, se aficionaba más a sorprender con un razonamiento oscurecido a fuerza de lustrosas sutilezas que a la búsqueda socrática de funcionamientos o rupturas. Pero el aspecto más criticado estaba en la concepción que se impulsaba, aunque en verdad, por lo menos un problema central del giro estaba contenido en el estructuralismo dinámico.

En los años setenta, Louis Althusser oponía, al tiempo lineal de los historiadores, temporalidades diferenciadas para cada uno de los niveles de la sociedad (económico, político jurídico e ideológico), regidos por sus propias lógicas, por sus propias prácticas, de lo cual se deduce la necesidad de pensar el “enlace” de los diferentes movimientos, de los diferentes tiempos³². Vilar lo criticó: «Y debo confesarle a Louis Althusser mi desengañada estupefacción cuando he visto que sus proposiciones acerca de la «concepción marxista de la totalidad social» concluían postulando no sólo la «posibilidad» sino la «necesidad» de regresar a la división de la historia en diversas «historias» (Vilar, 1983 b, p. 191). Para Vilar esta pluralidad era empirismo. Agregaba: «Yo me niego, tan pronto es afirmada la «dependencia específica» de los niveles entre sí, a proclamar la relativa independencia de sus historias» (Idem, p. 191).

Esta controversia velaba, sin embargo, afinidades que derivaban de un préstamo reformulado. En su parisino laboratorio filosófico, reflexionando en el atardecer so-

³⁰ Sobre los cambios que se enuncian, ver, CARBONELL, 1993, p. 92. Una crítica en FONTANA, 1982.

³¹ Ver CEDRONIO, 1990, p. 333 y 334, Vilar afirma que la revista *Annales* había abandonado el espíritu de sus fundadores, y critica sus muchas tendencias internas: la de André Burguière a la auto admiración, la historia psicológica de Emanuel Le Roy-Ladurie, la reacción de François Furet contra el concepto de revolución y la extrema especialización que significaba abandonar la historia total. Para otra crítica de la “vieja guardia” de *Annales* contra la orientación que la revista tomó después del alejamiento de Braudel, ver, ROMANO, 1997.

³² ALTHUSSER, 1971, p. 95; ALTHUSSER y BALIBAR, 1988, p. 65, 270 y s., 323.

bre lo que los científicos descubrían al alba, Althusser admitía los tiempos largos, medios y cortos del historiador, aunque le molestaba que éste registrara sólo sus interferencias sin elaboración teórica. El inicio de su misión filosófica, limpiar todo rastro de experimentalismo para contemplar el objeto impoluto, empezaba, pues, con la descomposición de la totalidad que el mismo Vilar había expuesto. Con todo, los “analistas” parisinos no eran los únicos capacitados para proporcionar esta materia prima al laboratorio teórico: el feroz ataque que E. P. Thompson (1981) dirigió a Althusser no logra disimular que en su culturalismo (y en el de otros ingleses) se reconocen las mismas “autonomías relativas” que se ejercitaban en Francia (Hall, 1984, p. 281). Era un distintivo de marxistas que huían del automatismo estructural-superestructura, y cada uno emprendía la marcha desde alguna estación propia para llegar a destinos diferentes. Vilar fue a respirar el aire liberado de dogma en las dinámicas independientes (económicas, políticas) que se interferían en algún momento de la evolución para producir rupturas de acción pura como la de 1789. Siguiendo al objeto real en un sola dirección, E. P. Thompson fue posiblemente mucho más allá en esa autonomía de lo que había ideado el filósofo de los niveles estructurales. Hacia los años ochenta, la salida del dogmatismo ya se confundía con una orden general de retirada de los campos de batalla donde se habían esforzado los herederos franceses de Marx³³. Guerreau se suma a esa marcha hacia la retaguardia, y encuentra muchos defectos en el debate entre Dobb y Sweezy: 1) el economismo que remite al feudalismo como el problema de la explotación de los campesinos por los señores; 2) el instrumentalismo, es decir, la voluntad de poner la historia al servicio de una problemática actual. Cuestiona, además, una serie de conceptos para la Edad Media, como propiedad, poder estatal, derecho o religión. Su balance de los medievalistas marxistas es negativo, al extremo de que no habrían conocido la relación señor campesino. Debe razonarse, dice, en términos de poder, parentesco artificial (bautismo) y ecosistema, y la dominación de la iglesia es la cuestión clave (Guerreau, 1980). El horizonte teórico era señalado, otra vez, por *Annales*, aunque ahora, esas declaraciones, que explicitaban diferencias hasta entonces encubiertas, precipitarían una seria revisión marxista³⁴. En la crisis de un matrimonio de conveniencias se vislumbra una posible independencia de criterios (que no es aislamiento).

³³ La retirada de la teoría llegó a transmitirse en significativos soportes negadores de las bibliotecas: “*a quoi sert Althusser?*”, se había preguntado alguien en uno de los famosos graffiti del ’68. Con el tiempo comprendimos que esa retirada incluía, además de todo el frente de batalla socialista y liberal de izquierda tradicional, la literatura feminista. Ver al respecto una última contribución de DESWARTE, 2005, que viene a informarnos que ni los clérigos medievales que elaboraban doctrinas sobre el matrimonio eran tan misóginos, ni la mujer estaba tan subordinada, ni el ascetismo y la oposición de la iglesia a la sexualidad fueron tan pronunciados como creían “antes” los historiadores.

³⁴ FONTANA 1982, libro por otra parte fundamental sobre historiografía del siglo XX. La subordinación de los marxistas franceses a los *Annales* expresó una situación general. Sus colegas británicos vieron a los *Annales* como aliados en su lucha contra el empirismo, y la misma concepción se repitió en otros lados, incluidos los marxistas argentinos que coparticipábamos de la misma impresión. La crítica de Fontana surge de un ámbito, el de la historiografía catalana, donde su antiguo maestro, Vicens Vives, se había alimentado de las

El abandono del “viejo” arsenal de conceptos se confirma (Guerreau 2001) cuando los “combates por la historia” se transmutan en “combates contra la historia”. La ciencia de la transformación social quiere ser desplazada por rancios advenedizos en el que participan desde el giro lingüístico del eterno sofista hasta la antropología del cuerpo de las primeras décadas del siglo XX. Esa connotación de la disciplina (“del cuerpo”, “del símbolo”, “de la representación”) enfrenta un prejuicio: la antropología fue un vehículo que salía de los antiguos lugares para ir hacia otros muy distintos porque era deliberadamente conducido en una dirección. Hobsbawm, Rudé o Thompson inspeccionaron antropológicamente comportamientos premodernos, como el que roba al rico y presta al pobre o esa forma ritualizada del divorcio que fue la venta de esposas, pero no se apartaron del proceso histórico ni transformaron la cultura en el «ámbito insustancial» de los valores por fuera de las relaciones entre las clases y sus conflictos. Hubo formas muy distintas de llegar a lugares distintos. Los británicos dedujeron de sus estudios sobre movimientos plebeyos una antropología que el historiador francés recibió de la teoría del don de Marcel Mauss, destinada a explicar equilibrios sociales logrados por el intercambio (y no es indiferente en esto la importancia que se le asignó a Karl Polanyi). Esta antropología tuvo su concepto guía en la reciprocidad. Concepto adecuado para sociedades de status, a las que en principio se aplicó, fue elegido como el intérprete de todas las relaciones sociales: la explotación, el dominio sobre la persona, o la usura, eran ahora piadosos mediadores que repartían beneficios mutuos a través de los tiempos. El señor feudal ya no «protegía» al campesino de su propia violencia ni era el comercio del dinero una forma de explotación en el proceso de circulación. Estas transformaciones analíticas requirieron nuevos temas.

A Guerreau le agradan las novedades. Tal vez ninguno de los temas que propicia incorporar sea más revelador que el de la iglesia. Denuncia que esta institución nunca fue abordada excepto, durante un corto período, por los materialistas franceses³⁵. La consecuencia fue que la iglesia monopolizó su propia historia. Es, pues, un problema a retomar para comprender el feudalismo donde la iglesia era, supuestamente, una institución total que controlaba, como el panóptico de una prisión, todas las expresiones de la vida humana. Esa sociedad feudal tenía, además, una muy larga duración, hasta el siglo XVIII o el XIX, criterio que comparte con Le Goff. No sólo con esta formulación las interferencias de otros regímenes socioeconómicos se desconocen, como las áreas de proto-industria; reforzando el argumento, la esencia del feudalismo llegará hasta nuestros días³⁶.

lecturas que venían de Francia. La distancia permite apreciar todo con claridad. GUERREAU (2001) termina muy lejos del mismo Marx al que desautoriza para proporcionar algo aprovechable en el conocimiento de sociedades precapitalistas.

³⁵ La afirmación no es aceptable en sentido estricto. Sólo en su generalidad, y con benevolente distensión, podemos recogerla para no interrumpir el argumento, aunque con pleno conocimiento de que la forma arrebatada que este autor tiene de escribir le impidió detenerse en lo aportes que, desde Marx y Engels hasta Christopher Hill, y pasando por Antonio Gramsci, se hicieron sobre el tema en la tradición a la que Guerreau imagina pertenecer.

³⁶ En un reportaje realizado por Luisa Corradini y publicado en el diario *La Nación*, Buenos Aires, 12 de octubre de 2005, Le Goff dice: “Pensé alguna vez que provocaría un es-

Guerreau propone estudiar la iglesia con la misma exaltación que rechaza el concepto de religión para esa extendida Edad Media. Sus indicaciones muestran los proyectos de Marx que nunca se emprendieron ni se quieren comenzar. Es lo que pasaremos a ver. No abandonemos este acápite sin advertir que la transición al capitalismo fue suprimido de ese memorando de estudio "marxista", aunque cabe dudar si en Francia sobrevive, con el cambio de milenio, esa categoría de historiadores.

3. La historia de Marx en sus realizaciones y en sus proyectos

Decía Marx que la nueva revolución alemana comenzaba, como la anterior, a nivel de la teoría³⁷. Ese antecedente era Lutero, que sustituyó la servidumbre religiosa exterior por la servidumbre religiosa interior. Desde entonces, ya no se trataría de la lucha del seglar contra el cura fuera de él, sino de la lucha contra el cura interior, contra la naturaleza curesca del individuo. Esto se relaciona con la nueva revolución, la iniciada por Feuerbach, sobre la esencia del cristianismo y su tesis de que el hombre crea a Dios al alienar en él las cualidades eminentes de la especie. Aplicó Feuerbach esta crítica a la filosofía idealista, y mostraba cómo, por una inversión análoga de las relaciones entre sujeto y atributo, la filosofía especulativa hacía de la idea, que es producto del espíritu humano, el elemento creador y regulador del mundo, mientras que el hombre y la naturaleza, privados de su realidad propia, son sólo exteriorizaciones de la idea. Este problema de la alienación religiosa lo lleva a Marx a atacar a la sociedad que debe recurrir a consuelos ilusorios. Destruir esa fuerza material, que era también la del Estado alemán, sólo podía realizarse oponiéndole otra fuerza material, y la teoría se convierte en fuerza material tan pronto se apodera de las masas, y se apodera de las masas cuando se hace radical, cuando argumenta para el hombre. En esto estriba el radicalismo de la teoría alemana, en que toma como punto de partida la abolición positiva de la religión. El razonamiento desemboca en la tesis final de imperativo categórico de derrumbe de todas las condiciones que hacen del hombre un ser envilecido, servil. Lutero, pues, establecía el verdadero problema.

El lado implícito de esto es un proyecto no enunciado de indagación que se desprende de que Lutero fue, en realidad, la culminación de un derrotero hacia esa interiorización religiosa que se comprende analíticamente como alienación; derrotero cuyos hitos están tanto en el averroísmo latino de Guillermo de Occam, continuado por Wyclif, Marsilio de Padua y Juan Hus, como en las herejías populares, la *devotio moderna* y las órdenes mendicantes. La importancia de la confesión personal y auricular, obligatoria desde 1215, ya no estribaría en el control que el sacerdote realiza sobre la conciencia ajena sino en el control que el individuo realiza ante el

cándalo afirmando que el medioevo se había prolongado hasta la Revolución Industrial. La verdad es que ha llegado hasta nuestros días". Determinado nivel de escándalo ya no escandaliza; sólo provoca indiferencia.

³⁷ Para lo que sigue, MARX y ENGELS, 1959; CORNU, 1965, que incluye extensas transcripciones de los escritos de la primera época de Marx. También, RUBEL, 1970.

Dios que ha penetrado en su conciencia. El confesionario es sólo el medio para que no se prescindiera de ese auto examen.

Un ordenamiento gnoseológico ligado a pautas de interacción social, se impone. La religión litúrgica y acotada a la clase dominante alto medieval comenzó a transformarse con la integración del habitante de la ciudad, en especial, con el reconocimiento que lograba su trabajo concreto arquetípico, el del artesano. Se iniciaba allí la masificación del credo, trayectoria que culminaría cuando el ocaso de las barreras estamentales transformaba al campesino en un compuesto de clases sociales modernas. En ese preciso momento, el iluminado racionalismo crítico de la elite develaría el sentido de la enajenación religiosa.

La religiosidad que surge en cada sujeto presupone, a su vez, una masiva dosis de auto control por interiorización de fuerzas coactivas, estableciendo una pauta de comportamiento en todo correspondiente con un Estado liberal que se retira del escenario para que a nadie le falte la más plena libertad de circulación. La sociedad moderna no es un modelo penitenciario ni una fábrica, ni tampoco está vigilada por una suma de autoridades en red; forma social esta última arcaica, peculiar de sociedades donde controles comunitarios o señoriales abolían la vida privada. El ciudadano moderno dejó esos lazos de solidaria vigilia para llevar el panóptico en su alma, sin desconocer por esto que el Estado es su determinación última. Un tema conocido de la sociología de la transición es el primer proletario urbano aislado en barrios donde conocería la angustia del perfecto desconocido.

Por cierto, nada de esto es nuevo; la sociología clásica, desde Weber a Parsons, giró alrededor de esta cuestión. En su base aceptó el fundamento weberiano de que el individuo educado en la religión protestante adoptaba un comportamiento racionalmente dirigido a fines no naturales (ganar dinero implicaba seguir trabajando una vez que el hambre se había saciado) (Weber 1977). Norbert Elias replanteó ese optimismo cartesiano como una social interiorización psicológica de la coacción externa que regía en el Estado Absolutista (cuestión que Weber apenas insinuó), en términos de un evolucionismo conducente a una paradisiaca civilización de las costumbres. El año de publicación de su libro, en 1938, significó una desautorización demasiado cruel para tanta inocencia. Pero para las cuestiones que ahora tratamos, Elias es un autor más bien secundario, cuyo mérito fue advertir que había otra dimensión no percibida por los sociólogos. Fue Weber el que realmente fijó el campo en que se desplegaría la controversia de los historiadores marxistas; el desafortunado destino del concepto de enajenación pone de manifiesto esa subordinación historiográfica a la sociología clásica. Efectivamente, adoptando la perspectiva de Marx, el problema no sería discernir si el puritanismo creó la sociedad capitalista o sólo la facilitó, es decir, no consistiría en medir los grados de efectividad que tuvo esa forma de religiosidad en un comportamiento racional dirigido a la obtención de un lucro legítimo, sino en captar la irracionalidad de una sujeción alienante del creador a su creación.

Que los historiadores hayan ignorado la alienación (y persistan en ello) es tanto más llamativo cuanto la inclinación del último cuarto del siglo XX ha sido a rescatar la experiencia subjetiva. Pero lo llamativo es también explicable si se advierte que ese rescate se concretó reproduciendo las percepciones de los actores, y en este punto, el abordaje de Soboul (1987) no difiere del que emplearon Thompson o Hobsbawm.

La diversidad de categorías que se reúnen bajo el nombre de *sans - culottes*, con aspiraciones discordantes, inducen a Soboul, en una fecha tan temprana como 1958, a reconocerles una unidad sólo negativa (opuestos a la aristocracia) y recoge la definición que esa “multitud” se daba a sí misma, tanto por sus comportamientos como por su condición social. La delimitación conceptual que la voz de heterogéneos plebeyos producía, era un parámetro historiográfico compartido.

La alienación, como materia del vasto complejo de cuestiones sobre la transición, implicaría un principio metodológico completamente distinto. Implicaría dejar de escuchar pasivamente las voces del pasado, para acceder a la objetivación de una praxis humana subjetivamente orientada, y captar cómo esa subjetividad creadora se enajena a su producto. No es nada esotérico este proyecto si recordamos que Marx nos dejó mucho más que ideas sobre el asunto. Si vio en el campesino posrevolucionario francés una bolsa de papas, ello se debió a una privación de conciencia de clase determinada por el aislamiento de la economía doméstica. Una buena parte de la sección histórica de *El capital*, donde describe a la manufactura que parcela la actividad del trabajador preparando la introducción de la máquina, al trabajo muerto subordinando el trabajo vivo, al capital apropiándose del saber del sujeto, deshumanizándolo, gira en torno a este problema. Esas son las condiciones que permitieron incorporar al capital en la conciencia del individuo despojado como la maravillosa fuente de vida, como el Dios generoso que le otorga trabajo y alimento (y por eso conciencia de clase es conciencia crítica del capital a través de *El capital*). La revolución industrial se iguala allí a la revolución protestante, y la investigación empíricamente fundamentada tiene su punto de contacto con el trabajo documentalista cotidiano del historiador. Remarquemos que esta última es una igualación parcial; dirime la diferencia con el documentalista de oficio el proceso abstractivo que ahora se reestablecería sin caer en las (denostadas) “abstracciones del estructuralismo”. El marxismo lograría entonces definir sus orientaciones históricas eximido del sentimental socialismo romántico (o de la antipática simpatía por los pobres). El humanismo radical sólo presupone el racionalismo radical sin otros aditamentos.

El estudio que devele la constitución histórica de la enajenación habrá de adquirir, necesariamente, una connotación liberadora que perturba. La crítica a cualquier versión del Dios monoteísta (Yahvé o Alá), alcanzaría, en su extremismo, a los dioses profanos. Cosas como el fetiche del dinero, o Marx, el fetiche de los marxistas (una variante del ateísmo burgués), serían derribados, y sólo la soberana convicción en las posibilidades de la especie humana quedaría en pie. Esa potencialidad sediciosa tal vez explique que el proyecto no se haya abordado. Someter la iglesia a crítica suele ser aplaudido; hacer lo mismo con cualquier religión es enojoso, tanto más para el historiador cuya vida académica suele depender de sus creencias explícitas.

Marx no sufría aprietos similares. Viviendo en un retraimiento que era condición de independencia ética, el estatus problemático que otorgó a la alienación fue equivalente a su anhelo por terminar con el Estado. Aquí, otra vez, no brindó más que indicaciones. Si por un lado recogió el resultado de Hegel sobre la escisión entre sociedad política y sociedad civil, por otro lado invirtió la tesis de Hegel en dos aspectos sensibles: no es el Estado el que determina a la sociedad civil, sino que es

ésta la que determina al Estado; y el Estado no anula el conflicto social, lo perpetúa en la forma de lucha de clases³⁸.

Este resultado, el Estado Moderno, implica otra esfera de indagación: saber cómo se pasaba de un régimen feudal, en el cual se anula toda separación entre política y economía, a un régimen donde esa separación es su singularidad. Siguiendo a Hegel, Marx asoció esa forma política a la producción de mercancías, y por eso atribuyó al Estado Absolutista un carácter burgués (aunque esta caracterización no estuvo liberada de tensiones en sus escritos). Sabía, pues, que esa escisión era resultado de un proceso histórico que se originaba en la monarquía absoluta y culminaba con la revolución francesa, con la transformación de las clases estamentales en clases sociales modernas.

La evolución de las estructuras políticas, y su articulación con los modos de producción, no fue un programa marxista posterior, excepto el modelo de Anderson ya mencionado, y en verdad pareciera que aquí las filiaciones weberianas han sido más consistentes, como los ensayos de Otto Hintze (1968). La ausencia marxista de la religión y de la iglesia se reproduce en la ausencia del Estado y de la política. En parte, ello puede comprenderse por los proyectos que alentaban las instituciones oficiales en las que los historiadores se desempeñaban. En parte, una vez más, el examen desprejuiciado de la burocracia en la historia era tan subversivo para el Estado occidental como para el socialismo.

Todo esto muestra que, para Marx, la vida espiritual no era un accidente superfluo sino un elemento inherente a la práctica transformadora del hombre, y sólo concibió, en consecuencia, una única historia, en la cual cada parte de lo social no se puede abordar más que en su conexión con el todo, con la esencia. Esa idea de totalidad como esencia establece una diferencia absoluta con la totalidad de los *Annales*, que tanto entusiasmó a sus seguidores marxistas: en Marx no se trata de interferencias de niveles ni de reunión enciclopédica del saber. Su análisis de acciones y pensamientos sociales establece una conexión orgánica con la objetividad. La innovación que se desprende de esto está contenida en el problema de la enajenación como muestra un pedagógico ascenso por tres esquemáticos escalones:

1) Para Weber, como representante de la tradición no determinista más concluyente, el problema está en establecer el sentido de acciones orientadas a fines cada vez más racionales, y es por eso que en ese alejamiento del ser natural atribuyó tanta importancia al proceso de interiorización religiosa. Su cartesiano hombre moderno dirigiendo sus acciones, mediante una feliz asimilación de la conducta capitalista, se ubica en la antípoda del concepto de enajenación.

2) Para los historiadores marxistas, en su generalidad, el problema estriba en la relación entre praxis y objetividad (modo de producción, clases, Estado), con independencia de si esta objetividad brota directamente de la acción o no. La naturaleza de este nexo se ha encerrado en un vaivén conceptual: la objetividad "condicio-

³⁸ Sobre esto, los escritos de Marx recopilados por TARCUS, 2000. Ver también BARTRA, 1978; BOBBIO, 1985, 1989, MARCUSSE, 1983

na”, “determina”, “produce”, “limita” o “impulsa”, la acción; o bien, los planos subjetivo y objetivo son considerados interactuando en paridad (en este último caso, la etiqueta marxista suele ser dada por el lenguaje). Las vulgares caricaturas del grado de determinismo del historiador se determinan por esto (y será en consecuencia catalogado como ortodoxo, creativo, obtuso, sagaz, dogmático, etc.).

3) Para Marx, el problema está en que el hombre ha creado con su trabajo un mundo propio que le es ajeno, que adquirió vida por sí mismo y sólo proporciona desdicha a su creador (a diferencia de la felicidad weberiana, está aquí el “pesimismo de la inteligencia”), y de esa praxis estructurante surge la oposición entre ser y conciencia en su unidad orgánica. No olvidó la “interacción”, pero su punto crítico está, justamente, en que, con el descubrimiento de esa determinación, eleva la actividad social: cuando el hombre, situado en una específica posición de clase, se “ve” a sí mismo frente al producto de su actividad, cuando descubre que con su energía físico-intelectual ha generado la fuerza impersonal que lo somete, sabrá entonces que hacer y deshacer son dos acciones igualadas por el mismo principio, y podrá destruir a ese Dios que él mismo situó en posición de superioridad. Y completando la imagen de Gramsci, está aquí el “optimismo de la voluntad”. Descubrirá también que ese Dios se resiste a perder su trono, que sólo caerá con golpes de maza, y que toda otra acción no significará más que pinchazos lacayunos, necesario servilismo (en el lenguaje de Marx), o, para hablar como un moderno sociólogo determinista, será actividad recursiva estructurante de la estructura. Esto se resume en una sublimación nada idealista de la potencialidad humana, y la conciencia del intelectual, que un Sigerio de Brabante postuló como soberbia particular del sujeto, reformulada en el mundo moderno como conciencia intelectual de una clase, lograría su plenitud. Se podrá entonces imaginar lo real como un resultado de la razón, y ésta dejaría de adaptarse a la irracionalidad de lo real. Pero es necesario recalcar que esa potencialidad transformadora sólo aparece cuando se descubre la engañosa sencillez de la objetividad. El papel que tiene la historia en ese descubrimiento se exhibe cuando se pregunta, con Feuerbach, por el origen del Dios que todo lo domina. O dicho dramáticamente, a la manera de Bertold Brecht, todo empieza con la pregunta de quién construyó el mundo que nos rodea (o quién *sigue* construyéndolo). Esa pregunta instituyó la peculiaridad (revolucionaria) de la historiografía marxista sobre la transición, aun cuando se supeditaba a pautas de trabajo establecidas; es la pregunta que observantes de otras herencias nunca se permitieron conjeturar.

Más allá de lo que ignoraron, los sucesores de Marx, efectivamente, recibieron mucho. En primer lugar, recibieron conceptos, como fuerzas productivas, división social del trabajo, formas de propiedad, modos de producción y sobre-estructuras. Eran conceptos universales. Otro rango de conceptos es específico del modo de producción capitalista: mercancía, trabajo, valor, plusvalía, capital. Lo que importa para el historiador es que estas últimas categorías eran preexistentes al capitalismo, y ello remite a pensar en las peculiaridades del mundo antiguo y feudal, en las formas de renta del suelo que antecedieron a la renta moderna, en los modos de producción desaparecidos o que subsisten en algunos rincones del mundo. Un segundo legado son los esquemas más sistémicos sobre orígenes del capitalismo, con sus vías, la prusiana o la del *farmer*, el capital mercantil, la industria rural y las manufacturas, la

expansión colonial, la expropiación de los productores, la transformación en capital de los medios sociales de existencia y de producción, la inflación del siglo XVI. Todo esto figura en escritos que abarcan desde la *Ideología Alemana*, en 1845 (Marx y Engels, 1973), hasta *El Capital*. Una tercera herencia fue la lucha de clases. Los modelos que en este rubro se recibieron no están solamente en los trabajos tópicos como el referido a la lucha de clases en Francia. En la *Ideología Alemana*, por ejemplo, una lacónica afirmación sobre la burguesía formándose como clase cuando identifica sus intereses comunes en la oposición al feudalismo tuvo su reverberación amplificadas en los estudios sobre formación de la clase obrera inglesa.

4. A modo de conclusión

El enunciado de lo que se abandonó en el camino puede llevar a un injustificado escepticismo. El inventario de logros dista de ser despreciable. La ciencia de la historia de la transición del feudalismo al capitalismo sería muy distinta si faltaran en nuestros anaqueles los libros de Soboul, Vilar, Bois, Dobb, Hobsbawm, Hilton, Rudé, Hill o Thompson. También si faltaran los trabajos de la sociología histórica de un Anderson o un Brenner, que hemos dejado a un lado en nuestro análisis.

La enumeración de sólo un puñado de autores subraya su notable ascendiente. Lo constata el hecho de que ningún historiador los desconoce, aun cuando no los haya leído. Impusieron una buena parte del tratamiento de cuestiones desde mediados del siglo XX en dos puntos sensibles: el del funcionamiento estructural y el de la lucha de clases, o dicho de otra manera, en los problemas de reproducción y cambio social. Esa presencia fuerte no se desvanece en la actualidad.

El siglo XX asistió a una Reforma historiográfica que terminó en Contrarreforma. El prolongado e informal concilio reaccionario de los últimos 25 años excomulgó nociones, problemas, conceptos, temas y personas. La crítica del silencio nunca fue desconocida por la crítica del marxismo, aunque no siempre es aplicable a este puñado de historiadores (a pesar de que se lo intenta). Lo muestra el hecho de que sus adversarios disponen su trabajo bajo la forma de "programas-refutación", como hacen los revisionistas de la revolución francesa y otros. En su aversión se contiene la nota política y científica que permite concluir este examen con moderado optimismo.

BIBLIOGRAFÍA

- ALTHUSSER, L. 1971, *La revolución teórica de Marx*, Buenos Aires
- ALTHUSSER, L y E. BALIBAR, 1988, *Para leer El Capital*, México
- AMIN, S. 1975, *La acumulación en escala mundial*, Buenos Aires
- AMIN, S. 1986, *El desarrollo desigual*, Barcelona
- ANDERSON P. 1964, "Origins of the present crisis", *New Left Review*, 23
- ANDERSON P. 1966, "Socialism and pseudo-empiricism", *New Left Review*, 35
- ANDERSON P. 1977, *La cultura represiva. Elementos de la cultura nacional británica*, Barcelona
- ANDERSON, P. 1979, *El Estado Absolutista*, Madrid
- ANDERSON, P. 1985, *Teoría política e historia. Un debate con E. P. Thompson*, Madrid
- ANDERSON, P. 1991, *Consideraciones sobre el marxismo occidental*, México
- ASTARITA, C. 1996, "Crisis y cambio de paradigma en la historiografía. Una perspectiva desde el medievalismo", *Trabajos y Comunicaciones*, 2ª época, 24
- ASTARITA, C. 2000, "¿Tuvo conciencia de clase el campesinado medieval?", *Edad Media. Revista de Historia*, 3
- ASTARITA, 2003, "La historia social y el medievalismo argentino", *Études & Travaux 2002-2003*, 7
- ASTARITA, C. 2007, "En las tradiciones de Weber y de Marx. Reflexiones sobre un artículo de Walter Ansaldi". *Sociohistórica. Cuadernos del CISH*, 19-20, 1.
- BARTRA, R. 1978, *El poder despótico burgués*, México
- BLOCH, M. 1983, *Les rois thaumaturges. Étude sur le caractère surnaturel attribué a la puissance royale particulièrement en France et en Angleterre*, Paris
- BLOCH, M. 1978, *La historia rural francesa: caracteres originales con suplemento compilado por Robert Dauvergne según los trabajos del autor (1931-1944)*, Barcelona
- BLOCH, M. 1979 a, *La sociedad feudal. Las clases y el gobierno de los hombres*, México
- BLOCH, M. 1979 b, *La sociedad feudal. La formación de los vínculos de dependencia*, México
- BRAUDEL, F. 1953, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, México
- BRAUDEL, F. 1958, "Histoire et sciences sociales. La longue durée", *Annales. Économies. Sociétés. Civilisations*, 13
- BRAUDEL, F. 1984, *Civilización material, economía y capitalismo. Siglos XV-XVIII. 2. Los juegos del intercambio*, Madrid
- BOBBIO, N. 1985, *Estudios de historia de la filosofía: de Hobbes a Gramsci*, Madrid
- BOBBIO, N., 1989, *Estado, gobierno y sociedad Por una teoría general de la política*, México

- BOIS, G. 1976, *Crise du féodalisme. Economie rurale et démographie en Normandie Orientale du début du 14^e au milieu du 16^e siècle*, Paris
- BOIS, G. 1978, « Marxisme et histoire nouvelle », en, J. Le Goff (direc.), *La nouvelle histoire*, Paris
- BRADBY, B. 1980, "The destruction of natural economy", en, H. Wolpe, *The articulation of modes of production*, Londres 1980
- BRENNER, R. 1977, "The origins of capitalist development: A critique of neo-smithian marxism", *New Left Review*, 104
- BRENNER, R. 1986 a, "Estructura de clases agraria y desarrollo económico en la Europa preindustrial", en, Aston, T. H. y Philpin, C. H. E. (ed.), *El debate Brenner. Estructura de clases agraria y desarrollo económico de la Europa pre-industrial*, Barcelona
- BRENNER, R. 1986 b, "Las raíces agrarias del capitalismo europeo", en Aston, T. H. y Philpin, C. H. E. (ed.), *El debate Brenner. Estructura de clases agraria y desarrollo económico de la Europa pre-industrial*, Barcelona
- BRENNER, R. 1989, «La base social del desarrollo económico», en J. E. Roemer, (compilador), *El marxismo: una perspectiva analítica*, México
- BRENNER 1993, *Merchants and revolution: commercial change, political conflict, and London's overseas traders, 1550-1653*, Cambridge
- BURGUIERE, A. 1978, "L'anthropologie historique", en, J. Le Goff (dir.), *La nouvelle histoire*, Paris
- CAÍNZOS LÓPEZ, 1989, "Clase y estructura: de E. P. Thompson al posmarxismo", *Zona Abierta*, 50
- CAMPAGNE, F. A. 2005, *Feudalismo tardío y revolución. Campesinado y transformaciones agrarias en Francia e Inglaterra (siglos XVI-XVIII)*, Buenos Aires
- CARBONELL, Ch.-O. 1993, "Antropología, etnología e historia: la tercera generación en Francia", en, J. Andrés-Gallego, *New history, nouvelle histoire. Hacia una nueva historia*, Madrid
- CASANOVA, J. 1981, *La historia social y los historiadores ¿Cenicienta o princesa?*, Barcelona
- Cedronio, M. 1990, "Uno storico e la crisi del mondo moderno: a colloquio con Pierre Vilar", *Studi Storici. Rivista trimestrale dell'Istituto Gramsci*, 2
- COHEN, J. y A. ARATO, 2000, *Sociedad civil y teoría política*, México
- CORNU, A. 1965, *Carlos Marx. Federico Engels. Del idealismo al materialismo histórico*, Buenos Aires
- DAIX, P. 1995, *Braudel*, Paris
- DESWARTE, T. 2005, « Une sexualité sans amour? Sexualité et parenté dans l'Occident médiéval », *Cahiers de Civilisation Médiévale, Xe-XIIIe siècles*, 48
- DOBB, M. 1975, *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*, Buenos Aires

- DOSSE, F. 1988, *La historia en migajas*, Valencia
- DUBY, G. 1977, *Guerreros y campesinos. Desarrollo inicial de la economía europea (500-1200)*, Madrid
- DUPRÉ, G. y P-Ph. REY, 1980, "Reflections on the pertinence of a theory of the history of exchange", en, H. Wolpe (ed), *The articulation of modes of production*, Londres
- ELEY, G. 1994, "E. P. Thompson. Historia social y cultura política: la formación de la clase obrera, 1780-1850", *Historia Social*, 18
- ESTEPA DÍEZ, C. 1998, "El pensamiento historiográfico de Abilio Barbero", *Revista de Historia Jerónimo Zurita*, 73 Fernández Clemente, 1995 *Revista de Historia Jerónimo Zurita*
- FAULKNER, N., 2007, "Gordon Childe and Marxist archaeology", *International Socialist Theory*, 116, 28 de septiembre de 2007, on line.
- FEBVRE, L. 1970, *Combates por la historia*, Barcelona
- FONTANA, J. 1982, *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*, Barcelona
- FOSTER-CARTER, A. 1978, "The modes of production controversy", *New Left Review*
- FRANCASTEL, P. 1984, *Pintura y sociedad*, Madrid
- GEREMEK, B. 1976, *Les marginaux parisiens aux XIVe et XVe siècles*, París
- GIDDENS, A. 1994, "Fuera del mecanicismo: E. P. Thompson sobre conciencia e historia", *Historia Social* 18
- GOETZ, H-W. 2005, « La recherche allemande en histoire médiévale au XX siècle : évolutions, positions, tendances », *Cahiers de Civilisation Médiévale Xe-XIIIe siècles*, 48
- GRAMSCI, A. 1963, *Antologia degli scritti*, (2 vols.), Roma
- GUERREAU, A. 1980, *Le féodalisme, un horizon théorique*, Paris
- GUERREAU, A. 2001, *L'avenir d'un passé incertain. Quelle histoire du Moyen Age au XXIe siècle?*, Paris
- GUNDER FRANK, A. 1978, *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*; México
- GUNDER FRANK, A. 1979, *La acumulación mundial (1492-1789)*, Madrid
- GURIEVICH, A. 1983, *Las categorías de la cultura medieval*, Madrid
- HALL, S. 1984, "En defensa de la teoría", en, R. Samuel, ed., *Historia popular y teoría socialista*, Barcelona
- HINTZE, O. 1968, *Historia de las formas políticas*, Madrid
- HEGEL, G. W. F. 1999, *Principios de la filosofía del derecho o derecho natural y ciencia política*, Barcelona
- HELLER, H. 1947, *Teoría del Estado*, México
- HILL, C. 1972, *El siglo de la revolución, 1603-1714*, Madrid
- HILTON, R. 1947, *The economic development of some Leicestershire estates in the 14th and 15th centuries*, Oxford

- HILTON, R. 1978, *Siervos liberados. Los movimientos campesinos medievales y el levantamiento inglés de 1381*, Madrid
- HILTON, R. 1988, *Conflicto de clases y crisis del feudalismo*, Barcelona
- HILTON, R. (ed.) 1982, *La transición del feudalismo al capitalismo*, Barcelona
- HOBSBAWM, E. J. 1979, *Las revoluciones burguesas*, Barcelona
- HOBSBAWM, 2003 a, *Años interesantes. Una vida en el siglo XX*, Buenos Aires
- HOBSBAWM, 2003 b, *Los ecos de la Marsellesa*, Barcelona
- HOBSBAWM, E. J. y G. Rudé, 1978, *Revolución industrial y revuelta agraria. El capitán Swing*, Madrid
- KAYE, H. J., 1989, *Los historiadores marxistas británicos. Un análisis introductorio*, Zaragoza
- KOMINSKI, E. 1957, "Peut-on considérer le XI^e et XV^e siècle comme l'époque de la décadence de l'économie européenne ?", en, *Studi in onore di Armando Saponi*, Milano-Varese
- KRIEDTE, P., H. Medick, J. Schlumbohm, 1986, *Industrialización antes de la industrialización*, Barcelona
- KULA, W. 1974, *Teoría económica del sistema feudal*, Buenos Aires.
- LABROUSSE E. 1943, *La crise de l'économie française à la fin de l'Ancien Régime et au début de la Révolution*, Paris
- LEFEBVRE, G. 1924, *Les paysans du Nord pendant la révolution française*, Lille, 2 vols.
- LEFEBVRE, G. 1974, *La revolución francesa y los campesinos*, Buenos Aires
- LE GOFF, J. 1969, *La civilización del occidente medieval*, Barcelona
- LENIN, V. I. 1969, *El desarrollo del capitalismo en Rusia. El proceso de formación del mercado interno para la gran industria*, Buenos Aires
- LOVE, J. 1980, "Raúl Prebisch and the origins of the doctrine of unequal exchange", *Latin American Review*, 15
- LUKÁCS, G. 1969, *Historia y conciencia de clase. Estudios de dialéctica marxista*, México
- LUXEMBURGO, R. 1968, *La acumulación de capital*, Buenos Aires
- MACEK, J. 1975, *La revolución husita, Orígenes, desarrollo y consecuencias*, Madrid
- MALOWIST, M. 1959, "The economic and social development of the Baltic countries from 15th to 17th centuries", *Economic History Review*, second series, XII, 2
- MALOWIST, M. 1966, "The problem of the inequality of economic development in Europe in the later Middle Ages", *Economic History Review*, second series, XIX, 1
- MARCUSE, H. 1983, *Razón y revolución. Hegel y el surgimiento de la teoría social*, Madrid
- MARX, K. 1973, *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*, Buenos Aires
- MARX, K. 1976-1977, *Das Kapital. Kritik der politischen Ökonomie*, Frankfurt
- MARX, K. y F. Engels, 1959, *Sobre la religión*, Buenos Aires

- MARX, K. y F. Engels, 1973, *La ideología alemana*, Buenos Aires
- MEIKSINS WOOD, E., 1994, "Entre las fisuras teóricas: E. P. Thompson y el debate sobre la base y la superestructura", *Historia Social* 18
- MEILLASSOUX, C. 1982, *Mujeres, graneros y capitales. Economía doméstica y capitalismo*, México
- MOUSNIER, R. y E. LABROUSE 1958, *El siglo XVIII. Revolución intelectual, técnica y política (1715-1815)*, volumen V de, *Historia general de las civilizaciones*, publicada bajo la dirección de M. Crouzet, Barcelona
- PANIAGUA, J. y J. A. PIQUERAS, 1996, "Comprender la totalidad de la evolución histórica. Conversaciones con Eric Hobsbawm", *Historia Social*, 25
- PALMER, D. B. 1994, "La teoría crítica, el materialismo histórico y el supuesto fin del marxismo", *Historia Social* 18
- PETIT, P. et al. 19778, *El modo de producción esclavista*, Madrid
- PIRENNE, H. 1981, *Historia de Europa. Desde las invasiones al siglo XVI*, México
- POSTAN, M. 1981, *Ensayos sobre agricultura y problemas generales de la economía medieval*, Madrid
- POTIER J-P. 1994, *Un economista heterodoxo: Piero Sraffa (1898-1983). Ensayo biográfico*, Valencia
- REY, P-Ph. 1971, *Colonialisme, néocolonialisme et transition au capitalisme. Exemple de la Comilog au Congo - Brazzaville*, Paris
- REY, P-Ph. 1976, *Las alianzas de clases*, México
- ROMANO, R. 1997, *Braudel y nosotros. Reflexiones sobre la cultura histórica de nuestro tiempo*, México
- RUBEL, M. 1970, *Karl Marx. Ensayo de biografía intelectual*, Buenos Aires
- RUDÉ, G. 1971, *La multitud en la historia*, Buenos Aires
- RUEHL, M. A. 2000, «In this time without emperors: The politics of Ernest Kantorowicz's *Kaiser Friedrich der Zweite* reconsidered», *Journal of the Warburg and Courtland Institutes*, LXIII
- SERGE, V. 2002, *Memorias de mundos desaparecidos (1901-1941)*, México
- SESMA MUÑOZ, J. A. 1998, "El discreto magisterio de don José María Lacarra", en, *Revista de Historia Jerónimo Zurita*, 73
- SEWELL, Jr. W. H. 1994, "Cómo se forman las clases: reflexiones críticas en torno a la teoría de E. P. Thompson sobre la formación de la clase obrera", *Historia Social*, 18
- SOBOUL, A. 1958, *Les campagnes montpellièrines a la fin de l'Ancien Régime. Propriétés et cultures d'après les compoix*, La Rochesur-Yon.
- SOBOUL, A. 1976, *Problèmes paysans de la révolution (1789-1848) Études d'histoire révolutionnaire*, Paris
- SOBOUL, A. 1987, *Los sans-culottes. Movimiento popular y gobierno revolucionario*, Madrid

- STAERMAN, E. M. y M. K. Trofimova, 1979, *La esclavitud en la Italia Imperial*, Madrid
- STAMPP K. M. 1966, *La esclavitud en los EEUU (La institución peculiar)*, Barcelona
- SWEEZY, P. 1982, "Crítica" y "Contrarréplica", en, R. Hilton, *La transición del feudalismo al capitalismo*, Barcelona
- TARCUS, H. 2000 (comp.), *Marx y el Estado. Cuadernos de Cátedra, Sociología*, Facultad de Ciencias Sociales, Buenos Aires.
- TAWNEY, R. H. 1912, *The agrarian problem in the sixteenth century*, Edimburgo y Londres
- TAWNEY, R. H. 1959, *La religión en el origen del capitalismo*, Buenos Aires
- THOMPSON, E. P. 1989, *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, (2 v.) Barcelona
- THOMPSON, E. P. 1994, "Las peculiaridades de lo inglés", *Historia Social* 18.
- THOMPSON, E. P. 1981, *Miseria de la teoría*, Barcelona
- THOMPSON, E. P. 1995, *Costumbres en común*, Barcelona
- VILAR, P. 1962 *La Catalogne dans l'Espagne Moderne. Recherches sur les fondements économiques des structures nationales*, Paris
- VILAR, P. 1972, *Oro y moneda en la historia (1450-1920)*, Barcelona
- VILAR, P. 1983 a. "Reflexiones sobre la "crisis de tipo antiguo" "desigualdad de las cosechas" y subdesarrollo"", en, *Economía, derecho, historia. Conceptos y realidades*, Barcelona
- VILAR, P. 1983 b., "Historia marxista. Historia en construcción. Ensayo de diálogo con Althusser", en, *Economía, derecho, historia. Conceptos y realidades*, Barcelona
- VILAR, P. 1983 c, "En los orígenes del pensamiento económico: las palabras y las cosas", en, *Economía, derecho, historia. Conceptos y realidades*, Barcelona
- VILAR, P. 1995, "La figura de Fernand Braudel", en, *Pensar la historia*, México
- VOVELLE, M. 1973, *Piété baroque et déchristianisation en Provence au XVIIIe siècle*, Paris
- VOVELLE, M. 1976, *La métamorphose de la fête en Provence*, Paris
- WALLERSTEIN, I. 1979 a, El moderno sistema mundial. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía - mundo en el siglo XVI, México
- WALLERSTEIN, I. 1979 b, *The capitalist world economy, (Essays)*, Cambridge
- WEBER, M. 1977, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Barcelona
- WOLPE H. 1980, "Introduction", en, H. Wolpe (ed); *The articulation of modes of production*, Londres

